

COSTUMBRES CACEREÑAS

LOS SEPULCROS ENLUTADOS

Por FERNANDO BRAVO

RECIENTEMENTE ha visto la luz pública un libro (1) interesantísimo sobre la vida de los cacereños de antaño, en el que se reseñan algunas de sus costumbres y se enumeran minuciosamente atuendos, mobiliario, armas y utensilios de uso cotidiano, constituyendo así una fuente inapreciable de conocimientos para la mejor comprensión de nuestros antepasados.

Y como uno de los temas a donde la curiosidad me ha llevado, es el referente al de las honras fúnebres en Extremadura, confieso que al leer el índice del citado libro y tropezar con el epígrafe del capítulo XIV, «Proclamaciones reales y honras fúnebres», dejé atrás todos los demás y parándome ante él lo examiné de un tirón y con ansia; pero he de reconocer mi desconsuelo cuando comprobé que el título se refería a las solemnidades fúnebres por muerte de reyes y príncipes. Bien me hago cargo de que el trabajo del Sr. Orti Belmonte sobre la vida cacereña en los siglos pasados, más que exhaustivo es incitativo, pues no pretende haber agotado la materia poniendo punto final a la misma, sino que más bien ha pretendido abrir las puertas a un campo inexplorado. Es, pues, de desear y esperar, que el Sr. Orti nos regale con otro producto de sus eruditas investigaciones y de que tal vez nos depare detalles sobre las costumbres que en materia de honras fúnebres practicaban los cacereños.

Mientras llegan tales noticias y teniendo en cuenta el mes que corre, tan propicio a estas rememoraciones, no me resisto a la tentación de difundir lo que Ponz (2) observó en la villa de Cáceres allá por la segunda mitad del siglo XVIII.

Para ello conviene recordar la añeja costumbre de enterrar a los muertos en los templos, como privilegio reservado a las familias principales; pero la cantidad de enterramientos, ya formando capillas, ya sepulcros, ya simples sepulturas con laudes, era tan grande en las iglesias cacereñas, sin duda debido a ser muchas las familias linajudas residentes en la localidad, que a un viajero tan ilustrado como Ponz, hubo de llamarle la atención tal abundancia, si bien no se paró en buscarle la causa, pues solo anota, aunque de manera muy significativa, la apreciación siguiente: «En las parroquias

(1) «La vida en Cáceres en los siglos XIII y XVI al XVIII», por Miguel A. Orti Belmonte.—(Colección de Estudios Extremeños. Diputación Provincial de Cáceres. Servicios Culturales).

(2) «Viaje de España», por Antonio Ponz.—Tomo VIII, carta III, n.º 8 y 9.

es notable el número que se ve de lápidas sepulcrales, las más con caracteres antiguos», y añade a renglón seguido que «hoy se va olvidando esta práctica de epitafios».

Efectivamente, desaparecían los epitafios y en su lugar se solían colocar sobre los enterramientos, paños de bayeta negra, ornados con los blasones de armas del difunto; y esta es la usanza que traigo a colación ahora.

Cabe dar dos interpretaciones a esta sustitución de la piedra por la tela: una es la de ser la bayeta mucho más barata que la lápida sepulcral con inscripciones y escudos labrados, y otra puede ser la de que como en un mismo sepulcro se enterraban sucesivos miembros de la familia dueña del enterramiento, a fin de evitar la repetición de blasones esculpidos, se colocaba encima un paño negro indicador del luto de la familia por el pariente últimamente inhumado.

Este enlutamiento de las sepulturas en las parroquias, tenía dos modalidades, según se tratara de nobles con título o sin él, pues el de los primeros se distinguía por colocar un dosel muy alto de bayeta negra, y el de los segundos se contraía a cubrir el enterramiento con un simple paño también de bayeta negra; si bien en uno y otro caso, dosel y paño, ostentaban los escudos de armas propios del fallecido, en homenaje al cual se revestía su última mansión.

Esta curiosa expresión de luto, duraba un año a contar desde la inhumación del cadáver, pero poco a poco se fué insensiblemente dilatando «hasta que se caen a pedazos las bayetas».

Ante el aspecto que ofrecerían las iglesias, compartimos con el célebre viajero la lúgubre impresión que debió recibir al visitarlas, y el calificativo de «fúnebre espectáculo» que les aplicó al contemplar los numerosos enterramientos de los templos cubiertos con paños negros, muchos de ellos carcomidos y deteriorados. Y Ponz, artista y arqueólogo, se lamenta de esta costumbre que tanto contraría sus dos vocaciones apuntadas, y comenta literalmente: «Las bayetas no significan sino un poco de pompa momentánea, pues al cabo del año ya se olvidó por quien se pusieron, afean la iglesia, y el forastero se queda en ayunas de lo que gustaría saber y ver en urnas y lápidas».

Todo esto pasó ya, y solo perdura, al igual que en otros muchos sitios, la costumbre de colocar en el centro de la iglesia un ostentoso e imponente catafalco enlutado con pana o terciopelo negro, mientras duran los funerales por el difunto.

